

Ramón López Velarde

Ermilo Abreu Gómez

Por el año de 1918 Ricardo Mutio y Dora Vila representaron, en el Teatro Peón y Contreras, de Mérida, una pieza dramática titulada *En la montaña*. Fue mi primera obra de este género; y en ella glosé creo que un poco a la fuerza, ciertos versos de López Velarde. Los había leído en *Pegaso*, que en la capital publicaba Enrique González Martínez. Con este motivo escribí una retórica carta a López Velarde. Entonces era yo medio joven. No sabía yo que casi en seguida y acompañado de mi mujer Francisca di Chiara, había de radicarme en la capital. Cuando llegué a México busqué a viejos amigos: Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Josué Mirlo, Raziél Cabildo, Rafael de los Ríos y otros que ahora se me olvidan. Después di con Ramón. Me ayudó a encontrarlo, en el laberinto de la metrópoli, el ingeniero don Teodoro Ramírez. Lo encontré en *El Globo*, café un poco rastacuero, pero muy de moda entonces. Me recibió con los brazos abiertos, como si fuéramos amigos de antaño. Me habló de mi carta y de la sorpresa que le había causado y también de Yucatán.



Entre burlas me dijo que me creía un señor grave y de fruncido entrecejo. Tomamos café. Su charla fue franco-ta, sencilla, alejada de toda postura literaria, retorcida o vacua. Hablaba el hombre y más que el hombre el provinciano. Nos volvimos a ver. Esta vez en *El Fénix*, donde concurrían fantasmas de la época: el vate Santa Cruz, Mochicho Abreu, el Pato Cenizo, el torero Pepete, Quinito Valverde y una verdadera balaúnda de tipos raros. Entre ellos aparecía de vez en vez, hecho un gran señor, don Manuel Sierra Méndez. Después de divagar acerca de mil cosas diferentes, salimos del café y nos íbamos por esas calles de Dios.

Ermilo Abreu Gómez. Autor multifacético. Novelista, cuentista, ensayista, crítico, dramaturgo, diplomático, maestro. Autor de *Canek*, libro prominente y emblemático de la literatura mexicana. Nació en Yucatán en 1894 y murió en el Distrito Federal en 1971.

Las imágenes son de *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*, de Guillermo Sheridan, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Él prefería las calles del México viejo. Unas veces íbamos por **Regina** donde yo vivía, otras por **Santa María**; otras por el **Estanco de Hombres** y no pocas por **Santo Domingo, Cocheras y San Antonio Tomatlán**. Él hablaba casi siempre, aunque, a decir verdad, no era de copiosa palabra. En ocasiones se agregaba al grupo el escultor To-var. Ramón hablaba, como ya se dice, con encantadora sencillez. Se sentía uno muy cerca de su manera de ser. Preguntaba de todo. De Yucatán sabía algo porque tuvo oportunidad de ser amigo de un hombre de por ahí; un tal Arrigunaga, creo que de la antigua familia emparentada con los Montejos. No estoy muy seguro de esto. Pronto conocí, dentro de mi vaga observación, los gustos y las preferencias de Ramón. Lo que

primero se me hizo evidente fue que no olvidaba su provincia; Jerez de Zacatecas estaba siempre en su memoria y en sus labios. La provincia, con su tranquilidad de pueblo, no se alejaba de su espíritu. No era aquello un mero recordar el paisaje lejano: era también me digo ahora, con más experiencia una auténtica condición de su naturaleza. Me parece que López Velarde, sacudido por la guerra civil, quiso traer (acaso sin cabal juicio) a la poesía un espíritu nuevo y una manera de ver lo que antes estaba vedado por el gusto exótico, que privaba, como canon infalible, bajo el dosel de la dictadura. En López Velarde como en Manuel M. Ponce, como en Saturnino Herrán despertaba una más recia humanidad. López Velarde quiso sentir nuestra sangre, ver nuestro paisaje, oler nuestra tierra y oír nuestras más entrañables voces. Lo quiso y lo consiguió: si no cabalmente, sí íntima y apasionadamente. Por esto, dígame lo que se diga, fue antimodernista. Fue antimodernista no obstante la influencia formal, literaria, que recibió de Herrera Reisig, de Darío y de Lugones.

Pero al lado de estos autores existe también la presencia de otros, por quienes tenía honda predilección. Me refiero a Vicente Medina y a Gabriel y Galán. De éstos tomó el modo para integrar lo regional. Con estas experiencias aprendió a ver por qué el modernismo fue un movimiento

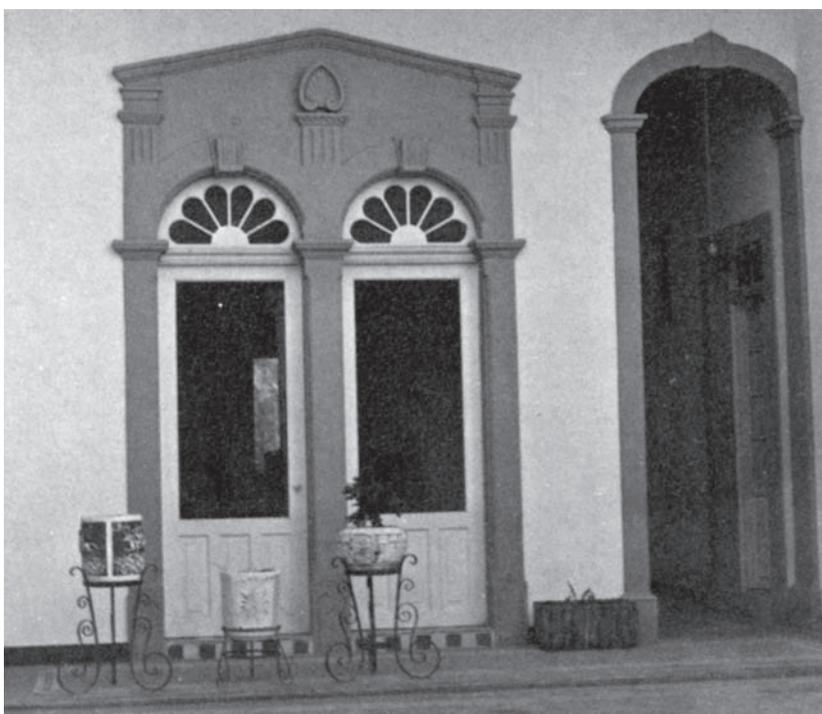


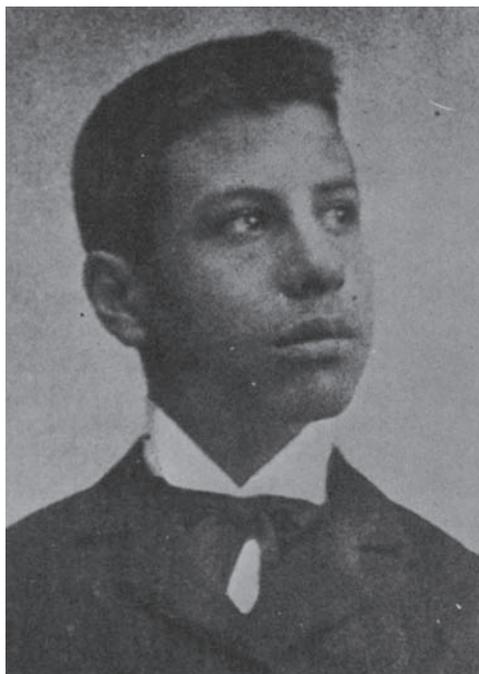
centrífugo que quiso liberar al espíritu americano encarcelado en las normas académicas del siglo XIX; y supo por qué fue un movimiento más cosmopolita que universal; más fino que acendrado; más músico que plástico. En efecto, podríamos decir hoy Darío fue el genio de una escuela, necesaria en su época, pero intrascendente para la elaboración de la verdadera conciencia de América. Darío representó a una clase burguesa en descomposición, fecundada en dictaduras. Entonces todavía eran posibles en América, campañas criminales contra el maya, el yaqui y el negro. Sobre esta monstruosidad de la burguesía en quiebra, volaban las **princesas** de Darío y del Duque Job. Eran éstos grandes poetas dentro del mundo de la literatura; pero no dentro del mundo de la humanidad que trataba de abrir buenos caminos. Casi todos los modernistas vivieron anestesiados para el dolor de los pueblos.

López Velarde nació bajo el signo de otra condición social. Por esto, como se dice, fue un antimodernista. Supo evocar con voz propia el rincón olvidado de la patria chica, que es cuna donde se mece la patria grande. De ahí su fuerza. López Velarde intuyó esta verdad sin esfuerzo ni propósito crítico. Y como la percibió la expresó sin ceñirse, ciego, a modelos. Rehizo así el acervo de la mejor poesía mexicana: aquella que había quedado trunca en las manos de

Díaz Mirón y de Manuel José Othón.

La crítica moderna ha estudiado más el **mecanismo** que el origen de su poesía. Ha buscado las influencias literarias, los valores que negaron a su espíritu; pero no se ha preocupado por inquirir el principio de su poesía ni los matices que estaban en su alma y en su carne, ni menos los que procedían del medio social y cívico que le acompañaba. Falta un estudio que nos explique la fuente, no el rumbo de su obra lírica. *Suave Patria* no es sino la síntesis de la emoción humana y estética de un poeta y de un ciudadano. Cuando Ramón murió en 1921 fui al cementerio. Cuando la comitiva que le acompañó se retiró, dejé unas flores sobre la tierra recién movida que olía a humedad y a incienso.





Como he referido varias veces, a López Velarde le conocí en la librería de don Francisco Gamoneda y de don Joaquín Ramírez Cabañas. Esta librería, que primero estuvo en la calle 16 de Septiembre y luego en la de Bolívar, tenía la particularidad de ser, al mismo tiempo, almacén de libros, mostrador, estrado de escritores y taller de pintores. Es claro que por esto sus dueños tuvieron que cerrar semejante academia. Allí había más tertulios que parroquianos.

Ramón López Velarde llegaba a esta librería al caer la tarde. Venía casi siempre sonriente. Era hombre bueno Ramón. Inspiraba confianza desde el primer momento. A mí me tomó especial afecto, tal vez porque yo me sabía (cosas leídas en *Pegaso*, de González Martínez) no sé cuántas poesías suyas. No era vanidoso Ramón, pero le pla-

cía que un muchacho, que venía de la provincia, casi con el pelo de la dehesa, supiera de corrido parte de su obra. Ramón, como digo, era hombre bueno. Bueno y también ingenuo. Hablaba con naturalidad provinciana. Pedía consejo hasta a un desconocido. No presumía de lo que venía escribiendo. No había en él falsa modestia cuando decía que las cosas le salían así y que luego no se explicaba por qué gustaban tanto.

Algunas noches, en compañía de Saturnino Herrán, del escultor Tovar y del ingeniero Teodoro Ramírez, salíamos de la librería y nos íbamos a caminar sin rumbo fijo por esas calles de Dios. El rumbo predilecto de Ramón era el de Santo Domingo. Acaso se debía a que las callejuelas, y las luces, y los edificios coloniales, y cierta penumbra que se esparcía por otras partes le recordaba los rincones de su pueblo zacatecano. Por allí íbamos. Solíamos comer enchiladas y quesadillas en los puestos de las calles o en los tugurios establecidos en los portales de aquel rumbo, junto a las mesas de los evangelistas o amanuenses que por entonces abundaban. López Velarde se entendía bien con las gentes sencillas. Hasta creo que le cargaban los que llegaban a él con aires de suficiencia y hasta con resuello de maestros.

Esta era frase que muchas veces le oí:

"Parece mentira que sean así tan pretenciosos. Olvidan que hacemos las

cosas como de acuerdo con los demás. La originalidad no existe; acaso sólo consiste en afinar la voz de los otros. Esto es todo. Lo que hago ya lo han hecho muchos. A mí me sale así y se acabó."

Y no hablaba más de estos temas. Entrábamos luego en conversaciones lisas y llanas. Yo que era sin duda el más joven y que apenas si unos cuantos sabían algo de mis precoces hazañas como autor de teatro, casi tomaba parte en las conversaciones literarias. Yo más bien hablaba de lo que sucedía y de lo que soñaba. A Ramón, por otras causas (acaso de descanso), le pasaba otro tanto. Ramón conversaba con entusiasmo de los sucesos políticos y de los líos sociales. Daba su opinión sin ánimo de coincidir con la verdad única; decía lo que decía como si jugara.

Las carpas le encantaban. Entonces había carpas de mucha prosapia; quiero decir de mucho sabor. Eran carpas auténticas, no simulación de teatro ni de centros de espectáculo superior. Los cómicos que allí trabajaban eran, de tan malos, casi buenos. Cómicos de la legua, se dice. Ponían obras (que hoy nadie aborda) como *La Llorona*, *Los polvos de la Madre Celestina*, *Chucho el Roto* y no sé cuántas más. Eran dramas mal cosidos, al modo de Echegaray. Era un teatro hemorrágico, en donde la honra estaba puesta al descubierto, como ropa íntima puesta en el secadero. A Ramón le hacían gracia tamañas barbaridades.



En cierta ocasión fuimos a una carpa que estaba por la Plaza de Garibaldi. Ponían una obra de mucho aparato. En ella se quemaban fuegos artificiales y se daba de gritos durante casi toda la representación. Entramos y nos sentamos. Gustamos el primer acto; el segundo ya nos pareció menos acertado; en el tercero unos petardos, lanzados por equivocación contra el público, nos obligaron a salir. El personaje, desde el escenario, nos llama a gritos... Fue aquello, ahora lo pienso, como una anticipación de esos dobles juegos que acostumbra el señor Pirandello.

Celebramos el fracaso de nuestra visita teatral en un restaurancito que ya no existe y que se llamaba, si no me equivoco, *Atzimba*, cerca del teatro Lírico. Ramón gozó la ocurrencia.





Colegio Elemental Y PREPARATORIO.

Director: Gabino de J. Vázquez.

Este Colegio de reciente fundación es el único en el Estado que puede enorgullecerse de la brevedad de sus enseñanzas. Es el único que desarrolla, usando los procedimientos más modernos, el programa oficial de estudios. Es el único que cuenta con un profesorado joven, y bien remunerado. Es, hoy por hoy, el que inspira más confianza á las madres de familia, por la atención, como nada otra que se presta á los alumnos.

Se aceptan papales, modios papales y enteros con pensiones moderadas. Todos los alumnos tienen derecho de asistir á la clase de Inglés práctico, absolutamente gratis.

México de Yucatán. Calle El Nido, 62.

José EHEMENDIA ABSTENGO.

SASTRE

Calle 69 número 460.

El Centro Elegante.

Sastrería en general.

- DE -

Antonio Rivas & C.

Establecida en 1881.

Ofrece á la gente elegante la confección de toda clase de trajes á las últimas modas de Europa y E. U. de A. y precios más bajos que nadie.

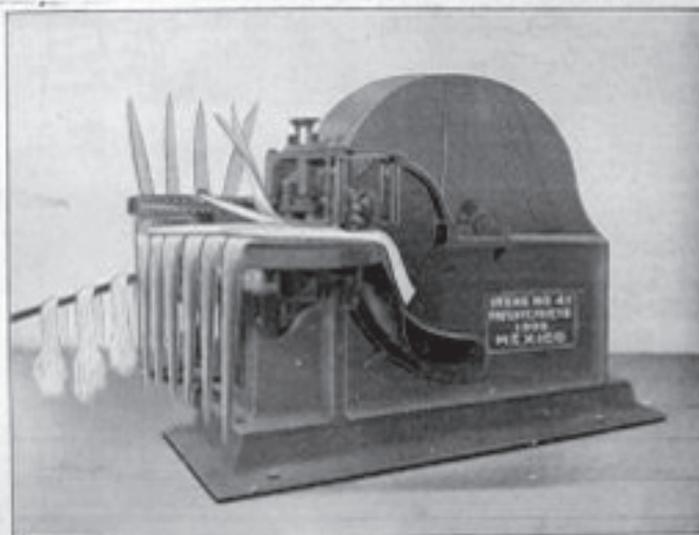
Calle 65 núm. 618 A.

LA DESFIBRADORA "IRENE" (SENCILLA)

De alimentación continua y cambio automático.

— "PATENTE PRIETO." —

Esta es la
primera
máquina
que puede
trabajar
en tareas
de 3,000
á 3,500
hojas por



Ahora, con
un motor
de cuatro
caballos
de fuerza,
aún cuando
este sea de
medio uso.

TODO lo que constituye el mecanismo de esta máquina, en lo que se relaciona con la conducción de las hojas y la fibra, es de bronce de primera clase, hecho material que resiste á la acción del jugo de las hojas de henequén.

LA MEJOR PRUEBA del buen éxito obtenido con esta nueva máquina es el éxito obtenido de ellas instaladas en el transcurso de tres meses, habiéndose adquirido entre otros varios, don Adolfo Rosa, de Chetumal, Lic. don Arturo R. Rivas, de Valladolid, don Francisco Gómez, de Tekit, don J. Escobedo, Mérida, de Camahoch, don Pedro Guerrero P., de Campeche, Señora D. Diego Sosa, Campeche, Señora Caldwell y Binastro, Isla Cozumel, Señora Gamboa, Rivalde Hermanos, de Bartón. Habiendo recibido además otros pedidos de distintas localidades del Estado, que me ocupan de servir, para cuyo efecto tengo establecido en varias talleres de esta ciudad un número muy considerable de las referidas máquinas.

COMO MUESTRA, estoy exhibiendo una de estas máquinas que me pide con respetable firma de la India Inglesa.

La Prieto Machine Co. Inc.

MANUEL PRIETO, Agente.

62-427



Ferretería ⁶⁶El Candado, ⁹⁹ Mercería.

J. Crasemann Suc. J. Faller.

La casa más antigua en el ramo de ferretería, maquinaria y mercería se ha propuesto adquirir todos los consumidores del Estado y eso

— A FUERZA DE: —

Precios baratos,

Mercancías de buena calidad
y actividad en el despacho.

✻ Al comenzar el año nuevo se complace en felicitar ✻

á todos los habitantes del Estado.

¿Se ha quedado Ud.
sin colocación?

Aprenda Ud. á escribir la ESTENOGRAFIA por Isaac Fitzmaurice, el Inglés y la Correspondencia, y mucho después uno de los anuncios del «New York Herald», «Boston Herald» ó «La Nación», por ejemplo, y obtendrá Ud. empleo inmediatamente y bien retribuido.

No espere Ud. que cambie la situación aquí para conseguir trabajo porque sufrirá una gran decepción. Debe recordar que la Crisis vino fortísima, tray LENTAMENTE (desde 1901) y por consiguiente la reacción será mucho más lenta.

« FRANCISCO ESCALANTE SOSA. »

graduado en un respetado Colegio Comercial de Philadelphia, Pa. y con prácticas en casas comerciales de primer orden, imparte competentemente y garantiza la enseñanza de lo que usted necesita para obtener colocación con facilidad.

Calle 72, número 494

Taller de Niquelar
LA PERLA

Se fabrican placas para los Sres. profesionales.

Se platean lunas de Espejos.

Garantizando los trabajos

— E. Gil S. —

Calle 52, Núm. 502





PIDA UD. SIEMPRE

EN LAS

Inmejorables Cervezas



CARTA BLANCA Y LEON.

que son las mejores de la República.

CERVECERIA YUCATECA, S. A.